

« En tu ánimo cortes mas que en tu brio.
 « Mas cálmate por Dios, No temas verte
 « En la necesidad de darme muerte.
 « Teme mas bien por ti, pues bien has visto
 « Cual de tu espada el ímpetu resisto.
 « Así pues, cese ó siga la batalla,
 « Alúmbrennos el sol ó las estrellas,
 « Dispuesto siempre se halla
 « Mi brazo vencedor en mil querellas. »

A su rival, no obstante, otorgar quiso
 Que, hasta que el sol de nuevo apareciese,
 Se dejase indeciso

Cual de los dos mas esforzado fuese.
 En cambio el noble jóven á Aquilante,
 Al buen Grifon y á los demas se llega,
 Y que vengan con él tambien les ruega.

Sin recelo los héroes aceptaron
 Este convite, y juntos caminaron,
 Al resplandor de fúlgidos blandones,
 A un suntuoso palacio dividido
 En muchos y magníficos salones.

Al llegar á su estancia
 Su yelmo alza el guerrero,
 A todos sorprendiendo. De arrogancia
 Llena su noble faz, no descubria
 Diez y ocho años cumplidos todavía.

Estupefacta queda la doncella
 De que quepa á esa edad tal bizarría,
 Y estupefacto él quedóse, al par della,
 Al ver su rostro bello
 Y de su sexo el delator cabello.
 Mutuamente su nombre
 El uno al otro se pregunta en tanto.
 El del jóven empero no os asombre
 Si descubrir difiero hasta otro canto.

CANTO XX.

Historia de Guidon el Salvaje. — Origen y establecimiento de aquella colonia de mujeres. — Marfisa y los paladines tratan de salir de allí. — Opónense las mujeres guerreras, á las cuales dispersa Astolfo valido de su trompa. — Llegada de Marfisa y sus compañeros á Marsella. — Extrañas reyertas de Marfisa con Pinabelo y con Zerbino por la vieja Gabrina.

Que las mujeres de la edad antigua
 Grandes cosas han hecho
 De las armas y ciencias en provecho,
 La historia claramente lo atestigua.
 Arpácile y Camila son famosas
 Por su ardor y pericia en los combates;
 A Corina y á Safo obras preciosas
 Por siempre han puesto al lado de los vates.

Cosa es tambien notoria
 Que á una alta perfeccion, en todo aquello
 A que se ha dedicado, el sexo bello
 Casi siempre llegó. Si á su memoria
 Ha habido edad que no haya tributado
 Los debidos honores,
 Durar no puede siempre tal estado,
 Que sin duda ha creado
 La envidia de ignorantes escritores.

De mérito hay tal suma
 En muchas damas hoy, que conjeturo
 Que al papel y á la pluma
 Dará ocupacion en lo futuro.
 De la calumnia la malvada lengua
 Tendrá que enmudecer llena de mengua
 Ante tan nobles hechos, á los cuales
 Serán los de Marfisa apena iguales.

Mas, volviendo á Marfisa, decir debo
 Como al cortes mancebo,
 De quien el nombre conocer desea,

Dice : « Marfisa soy , » y asaz es esto ;
Que , esto sabido , se adivina el resto.

Quando su turno llega , el caballero

Asi mas amplio su discurso empieza :

« Que de mi estirpe conoceis infiero

« Cada cual el renombre y la grandeza ,

« Pues no en Europa solo ,

« Sino en India , en Etiopia , hasta en el polo ,

« Es célebre el blason de Claromonte ,

« De do naciera el caballero fuerte

« Que al rey Mambrino y á Clariel y á Almonte

« El reino arrebató , dándoles muerte.

« Mi padre , el duque Amon , de Francia vino

« A engendrarme al paraje

« Do , por ocho ó diez bocas , al Euxino

« Va á prestar el Danubio su homenaje.

« Por ir á Ocaso en busca de mi gente ,

« A mi madre , un año ha , dejé doliente ;

« Mas por tormenta que turbó mi viaje ,

« A esta tierra fatal fui conducido ,

« Do diez meses ó mas ha que resido.

« Guidon me denominan el Salvaje ;

« Ilustre no es mi nombre todavía ,

« Bien que á mis manos en fatal pelea

« Murieron Argilon de Melibea

« Y los nueve que al campo él conducia.

« Victorioso en la lid de las doncellas ,

« De entre las mas amables y mas bellas

« Escoger y guardar puedo á mi lado ,

« Segun mi antojo , á diez ; que todas ellas

« El gobierno de esta insula me han dado ,

« Cual lo darán al que , cual yo , consiga

« Coronar con el triunfo su fatiga . »

A Guidon los guerreros el origen

Preguntan de la ley que de esta tierra

A los hombres destierra ,

Y si , cual en los otros los varones ,

En estos climas las mujeres rigen .

« De esta ley el motivo , »

Guidon contesta , « en varias ocasiones

« Oi , desde que vivo

« Aquí , contar , y cual me fué narrada

« A contárosla voy si es que os agrada .

« Cuando , despues de diez años de guerra

« Y otros diez años de enemigos vientos ,

« Arrasados de Troya los cimientos ,

« Retornaran los griegos á su tierra ,

« A sus damas hallaron

« Que , temerosas de morir de tedio ,

« A su viudez buscaron

« Con jóvenes amantes un remedio .

« De ajenos hijos pues , á su regreso ,

« Llenas sus casas los de Grecia encuentran ;

« Empero , á sus esposas este exceso

« Perdonan al pensar cuan importuno

« Parecerles debió tan largo ayuno ,

« Y su ira reconcentran

« Contra el que no pecó , pues no consienten

« Que en su hogar tales hijos se sustenten .

« Vendidos unos son ; otros , ocultos ,

« Por el materno amor son sostenidos .

« En escuadras diversas los adultos ,

« Por aquí y por allí , van divididos .

« Cual cultiva las artes , cual la tierra ,

« Cual se entrega al estudio ó á la guerra .

« Fortuna á los demas , segun le place ,

« Pastores ya , ya cortesanos hace .

« Con otros parte á ver climas extraños

« Un hijo de la altiva Clitemnestra .

« Su faz de diez y ocho años

« La gracia y lozanía

« De una recién cogida rosa muestra .

« Este , armando un bajel , en compañía

« De cien mancebos de su edad y arrojo ,

« De ribera en ribera

« Va sembrando el terror por donde quiera .

« Los de Creta, entretanto que en su enojo
 « Contra el fiero tirano Idomeneo,
 « Y en su ardiente deseo
 « De lanzarle del trono, copia inmensa
 « Hacen de gente y medios de defensa,
 « De Falanto (asi el jóven se llamaba)
 « Los servicios compraron
 « A alzado precio, y á su gente brava
 « De Dictea la guardia encomendaron.
 « Era Dictea entre las cien ciudades
 « Que en su recinto Creta contenia,
 « La mas fecunda en flores y en beldades,
 « La mas rica en placeres noche y dia.
 « La juventud que con Falanto vino,
 « Que era en gracia y valor la flor de Grecia,
 « Inflama presto al sexo femenino,
 « Que, en la amorosa lid al ver su brio,
 « Sobre todo otro bien su afecto aprecia
 « Y con placer se rinde á su albedrio.
 « Mas concluyóse luego
 « La guerra que á aquel sitio los condujo;
 « Y, faltando la paga, el jefe griego
 « A partir á sus jóvenes indujo.
 « De las damas de Creta amargo el llanto,
 « Acerbo es el dolor, vano es el ruego.
 « Entónces, de Falanto
 « Bien decididas á seguir las huellas,
 « Padres, hijos y esposas todas ellas
 « Abandonan, llevándose un tesoro
 « En ricas joyas y en montones de oro.
 « Tan favorable el viento
 « Y tan bien escogido es el momento,
 « Que nadie en Creta la noticia sabe
 « Antes que en alta mar boga la nave.
 « Asi bogando, al fin tomaron puerto
 « En un pais recóndito y desierto.
 « Allí se reposaron
 « Y tranquilos gozaron

« Del fruto de su audacia y de su pena.
 « De amoroso placer y de alegría
 « Algun tiempo fué estancia
 « Aquella triste y solitaria arena.
 « Mas ¡ah! ¡cuán verdad es que la abundancia
 « Los corazones jóvenes enfria!
 « Al undécimo dia
 « De esta vida de amor y de placeres,
 « La gente de Falanto empalagada,
 « Resuelve abandonar á sus mujeres.
 « Que mujer que no agrada
 « Es de todas la carga mas pesada.
 « Ellos, que la ganancia y el dinero
 « Mas que un gozar costoso apetejian,
 « Vieron bien que la aljaba ó el acero
 « Mantener tantas bocas no podian.
 « Solas, pues, á las miseras dejaron,
 « Y, de botin henchidos, se marcharon
 « Hacia la Pulia, donde, de Tarento
 « Junto á la mar, echaron el cimiento.
 « Las damas al mirarse abandonadas
 « Por aquellos que tanto les debian,
 « Sobre la playa, tristes y angustiadas,
 « Inmóviles estatuas parecian.
 « Viendo en fin que al dolor que las inquieta
 « Sus lagrimas no dan algun remedio,
 « Por calmarlo discurrén otro medio.
 « Unas proponen, retornando á Creta,
 « De airado padre ó de ofendido esposo
 « Implorar el perdon, ántes que el hambre
 « De su vida á cortar venga el estambre.
 « Otras á aquesta suerte
 « Prefieren darse entre las olas muerte.
 « Otras ir á regiones extranjeras
 « Proponen y el oficio
 « De esclavas ejercer ó de rameras,
 « Mas bien que someterse al vil suplicio
 « De que su infiel conducta se hizo rea.

« Así, mil medios todas proponían
 « De conjurar el riesgo que temían,
 « Cuando una, la magnánima Orontea,
 « Que del rey Midas era descendiente,
 « La mas sabia de todas, la mas bella,
 « La mas jóven y ménos delincuente,
 « Pues que á Falanto se entregó doncella,
 « Alza la voz. En su habla y en su gesto
 « Del intrépido pecho exhala la ira,
 « Y con un medio por ninguna expuesto
 « Gran confianza á las demas inspira.
 « Su opinion es quedarse en esta tierra,
 « De fértil territorio y de aires sanos,
 « Que claros rios en su seno encierra,
 « Selvas opacas, espaciosos llanos
 « Y puertos donde, en sus conflictos graves,
 « Reparo contra el mar hallan las naves
 « Que conducen de Oriente objetos varios,
 « A la vida y al lujo necesarios.
 « Fijarse allí propone,
 « Y á fuego y sangre quiere que se entregue,
 « Sin que á ninguno se perdone,
 « Cuanto varon á aquellas costas llegue.
 « Dice, aprueban las otras, y se erige
 « La infame ley que desde entónces rige.
 « Al menor ruido que en la mar se siente,
 « Mandada acude la femenina gente
 « Por su reina, la impávida Orontea,
 « Que el fuego, el hierro y la rapiña emplea
 « Contra todo bajel que aquel paraje
 « Toca, y hombre no deja que noticia
 « Allende vaya á dar de su coraje.
 « Por sí mismas haciéndose justicia,
 « Solas allí vivieron
 « Un año tras otro año.
 « Pronto, empero, advirtieron
 « Que trabajaban en su propio daño;
 « Pues, privadas así de descendencia,

« Vana en breve seria
 « La ley que hacer eterna se quería.
 « En esta situacion, de la prudencia
 « El consejo escuchando, resolvieron,
 « Entre los hombres que á pisar viniesen
 « De aquel suelo á los ásperos confines,
 « Elegir diez que denodados fuesen
 « En el campo y el lecho paladines.
 « Cuatro años duró enteros
 « Esta eleccion, que á muchos caballeros,
 « Antes de terminar, costó la vida.
 « Los hombres eran diez, las damas ciento;
 « A cada varon, pues, fué en el momento
 « La guardia de diez damas conferida,
 « Con condicion que si despues venian
 « Otros mas esforzados á estos puertos,
 « Sin piedad los primeros siendo muertos,
 « A los nuevos el puesto cederian.
 « Con pena estas mujeres contemplaban
 « La multitud de niños que nacia,
 « Y á temer empezaban
 « Que si á este mal remedio no ponian
 « Del reino ellos mas tarde
 « A conquistar las riendas llegarían.
 « De aquí la ley que veda que á su lado
 « Mujer ninguna mas de un hijo guarde,
 « Y que manda que el resto, transportado
 « A extraños climas, se permute ó venda.
 « Con este fin hacia parajes varios
 « Se expiden emisarios,
 « A quienes se encomienda
 « Que por hembras los truequen, ó que al ménos
 « No se retornen sin sus cofres llenos.
 « Mas, no siendo posible
 « Sin hombres conservar su descendencia,
 « De aquella ley terrible
 « Modificada un tanto la inclemencia,
 « No ya mortal sentencia

« Sin recurso, cual ántes, se fulmina
 « Contra el que á aquellas costas se avecina.
 « Si allí la mar en su fatal violencia
 « Diez hombres, veinte ó mas á un tiempo lanza,
 « Juntos en una cárcel sin tardanza
 « Darán cada mañana en holocausto
 « Una víctima, sí, mas una sola,
 « En el altar infausto
 « Donde Orontea á la venganza inmola.
 « Muchos años despues, por su destino
 « Hacia estas costas impelido, vino
 « Un jóven, digno sucesor de Alcides,
 « Llamado Elbanio, célebre en las lides.
 « Tranquilo, sin recelo ni sospecha,
 « Llegó; mas sorprendido, encadenado,
 « Con buena guardia y en prision estrecha,
 « Cual todos los demas. fué sepultado,
 « Bello era su semblante y agraciado,
 « Corteses sus modales,
 « Y su facundia y su elocuencia tales
 « Que con placer un áspid le escuchara.
 « Narrado esto fué, pues, cual cosa rara
 « A la hija de Orontea, que vivia
 « Sola entre todas las que allí vinieron
 « (Bien que cargada de años) todavía.
 « En número y en fuerza y bizarría
 « Crecer vió á las que á aquellas sucedieron,
 « Y vido á diez guerreros,
 « De diez esposas cada cual consorte,
 « Dar muerte atroz á cuantos extranjeros
 « Llegaban por su mal á esta impia corte.
 « Alejandra, que ver al jóven quiso
 « Objeto de la pública alabanza,
 « De su madre el permiso
 « De ver á Elbanio y de escucharle alcanza.
 « Mas, cuando de él en separarse piensa,
 « Siente en su pecho la inquietud mas viva,
 « Se agita, y sin defensa

« De su cautivo al fin queda cautiva.
 « — Señora, » dicele él, « si de esta tierra
 « A las hembras anima
 « La piedad que del orbe en todo clima
 « El femenino corazon encierra,
 « Yo, por vuestra beldad, pediros oso
 « Me conserveis la vida
 « Que en seguida por vos daré gustoso.
 « Mas si, contra natura, aquí inhumanos
 « Los pechos son, cual referir he oido,
 « No la existencia os pido,
 « Pues mis ruegos sé bien que fueran vanos;
 « Solo aspiro á morir cual caballero
 « Esgrimiendo el acero,
 « Y no cual hombre á quien desdora un juicio,
 « O cual vil animal en sacrificio.
 « La bella dama, á quien piadoso afecto
 « Con lágrimas los párpados agita,
 « Responde así: « — Bien sé que con efecto
 « A la gente que habita
 « Aquí la fama cual perversa cita;
 « Mas no por eso es justo que se crea
 « Ver en cada mujer una Medea,
 « Y si esto fuese así, probarte quiero
 « Que entónces yo de las demas difiero.
 « Duro mi pecho mas que el de una harpía
 « Fuera, y mas que el diamante,
 « Si á tanta gracia y tanta cortesia
 « Pudiera resistir un solo instante.
 « ¡Ah! ¿porqué al precio de la vida mía
 « No me es hoy dado rescatar la tuya,
 « Y de esa ley hacer que se destruya
 « El efecto fatal? ¿Porqué no puedo
 « Concederte la gracia apetecida,
 « Sin que me arredre el miedo
 « De alargar tu suplicio con tu vida?—
 « Responde Elbanio: — Si á la liza vengo
 « Con diez contrarios, la esperanza tengo

« De que, dándoles muerte,
 « Del oprobio mi espada me liberte.
 « Solo con un suspiro le responde
 « La dama, que no advierte
 « Todo el amor que en su piedad se esconde.
 « Hacia su madre vuela;
 « Su cuita le revela
 « Y su ansia de que á Elbanio se perdone,
 « Si consigue cumplir lo que propone.
 « En consejo Orontea
 « A sus gentes reune, y ver les hace
 « Que, si un medio oportuno no se emplea,
 « No se hallará, cuando alguien lo amenace,
 « Quien de su reino la defensa abraze.
 « Diceles que es prudente
 « Cada vez que un guerrero se presente
 « Poner su esfuerzo á prueba, de manera
 « Que triunfe el bravo y que el cobarde muera.
 — « Mi opinion es, añade, que se ordene
 « Que si en lo sucesivo
 « Algun guerrero á nuestras costas viene,
 « Se le conserve vivo
 « Si con fuerzas se muestra
 « Para entrar contra diez en la palestra.
 « Vencedor en la liza,
 « Su audacia y su poder nos garantiza,
 « Digolo porque aquí tenemos uno
 « Que á diez guerreros á vencer se ofrece,
 « Lo cual á ser verdad, justo, oportuno
 « Que se atienda á su ruego me parece.
 « De lo contrario con la muerte en breve
 « Ver castigada su jactancia debe. —
 « Así dijo Orontea. En el momento
 « Una anciana, agitándose en su asiento,
 — « El principal motivo,
 « Dice, que nos indujo
 « A conservar algun guerrero vivo,
 « De su esfuerzo ó valor no fué el influjo,

« Que asaz para la guarda de esta tierra
 « En nuestros brazos y ánimos se encierra.
 « Si á alguno entre nosotros admitimos
 « Por no acabar con nuestra descendencia,
 « De la necesidad virtud hicimos.
 « Atentas á la voz de la prudencia,
 « En guardar convinimos
 « Tan pocos, que un varon servir debia
 « A diez hembras de esposo y compañía.
 « Su esfuerzo pues y su ánimo en el lecho
 « Pueden tan solo sernos de provecho.
 « Contrario á nuestro objeto
 « Es, pues, guardar un campeon tan fuerte
 « Que pueda solo dar á diez la muerte,
 « Que si cual él guardamos otros nueve,
 « Nuestro reino sujeto
 « A su poder miráramos en breve.
 « Para mandar, las armas de las manos
 « Quitemos desde agora á esos tiranos.
 « Si, por la suerte protegido un tanto,
 « Salir logra ese jóven victorioso,
 « Las quejas escuchad, mirad el llanto
 « De cien viudas pidiéndoos un esposo.
 « ¿Porqué, si busca gloria, no propone
 « Un medio ménos bárbaro y sangriento?
 « Yo, por mí, no consiento
 « Que la vida á ese jóven se perdone,
 « Si á servir de marido no se obliga
 « A las cien viudas que dejar consiga. »
 « De Artemia (así se llama
 « La despiadada dama)
 « Esta fué la opinion. Mas Orontea,
 « Que á su hija cara complacer desea,
 « Mil razones expone y las renueva
 « Hasta que en fin su parecer se aprueba.
 « Fué la beldad de Elbanio de gran peso
 « En esta decision, pues del congreso
 « En tanto que las viejas se obstinaban

« Porque la ley antigua se observase,
 « Las jóvenes votaban
 « Porque la vida á Elbanio se dejase.
 « En suma, fué sesuelto
 « Que el jóven campeon quedase absuelto,
 « Si á diez guerreros en la lid vencia,
 « Y en el lecho á diez damas dignamente
 « De marido despues servir podia.
 « De la oscura prision, donde le encierra
 « Bárbara ley, saliendo al sol siguiente,
 « Caballo y armas busca diligente,
 « Y, apercebido á comenzar la guerra,
 « Solo y audaz preséntase en la liza
 « Y á sus diez adversarios pulveriza.
 « A la segunda prueba aquella noche
 « Puesto desnudo contra diez doncellas,
 « De modo se portó, que ni una de ellas
 « El labio abrió ni á queja ni á reproche.
 « Este ardor le granjea
 « El favor de Orontea,
 « Quien de Alejandra y de las otras nueve
 « Que entraron en la lid lo hace consorte,
 « Declarando desea
 « El cetro conferirle de esta corte
 « (A la cual dar en breve
 « La beldad de Alejandra debe nombre),
 « Con condicion de que él y los que vengan
 « Tras él la ley mantengan
 « Que ordena que todo hombre,
 « Lanzado á aquesta playa,
 « Muera si en una ú otra lid desmaya.
 « El que venza en las dos, autorizado
 « Será por el senado
 « A conservar alguna de su gente;
 « Y él reinará, mientras otro mas valiente
 « Llegue que el triunfo obtenga en el combate,
 « Y con la vida el cetro le arrebate.
 « Cerca ha de dos mil años ya que existe

« Esta ley, que se observa todavía,
 « Y apenas pasa dia
 « Sin que náufrago venga incauto y triste
 « A ensangrentar de la venganza el templo.
 « Si, de Elbanio el ejemplo
 « Siguiendo, alguno á combatir se apresta,
 « Su audacia le es por lo comun funesta.
 « A la segunda prueba no resiste
 « Uno entre mil. Alguno siu embargo,
 « Bien que raro, rarísimo, se vido.
 « Arguilon fué uno dellos; mas amargo
 « Hice su triunfo yo: pues impelido
 « Por impia suerte aquí, le di la muerte.
 « ¡Oh funesta victoria,
 « Origen de esta mi afrentosa suerte!
 « Que amor no existe, ni placer ni gloria,
 « Nada valen la púrpura ni el oro
 « Para aquel que carece
 « De libertad, que es el mayor tesoro.
 « Mi estado insoportable me parece,
 « Y el ver así en el ocio consumida
 « La mas hermosa parte de mi vida,
 « Me aflige, me atormenta y me importuna.
 « ¿Porqué, mientras con próspera fortuna
 « Combaten mis hermanos,
 « Son por seguirlos mis esfuerzos vanos?
 « Condenándome á estado tan abyecto,
 « Me hace el destino insoportable agravio.
 « Cual corcel que, teniendo algun resabio,
 « O en el pié ó en la vista algun defecto,
 « Desechado del bélico ejercicio,
 « Apto tan solo queda
 « Para hacer entre yeguas su servicio,
 « Así yo vivo, y mi único recurso
 « Es la muerte, que darme se me veda.»
 Aquí dió fin Guidon á su discurso,
 Y mil veces maldijo
 El triste dia en que victoria doble

Le condenara á estado tan ignoble.
 Astolfo, retirado y encubierto,
 Oye con atencion, y una vez cierto
 De que Guidon es hijo
 De su pariente Amon: « Yo soy, » le dijo,
 « Tu primo el duque Astolfo; » y de alegría
 Lágrimas derramando, entre sus brazos
 Amoroso le estrecha en fuertes lazos.
 « Primo querido, añade,
 « Mas aun que el signo que tu cuello muestra
 « Tu valor nos persuade
 « De que provienes de la estirpe nuestra. »

Guidon, que en cualquier otra circunstancia
 Se alegrara de ver á su pariente,
 Dolor profundo siente
 Al verlo en esta malhadada estancia.
 Para que Astolfo viva
 Muerte es preciso que Guidon reciba,
 Y ni muriendo libertarle puede,
 Pues, aun cuando triunfante
 En la primera lid Marfisa quede,
 En la segunda cederá, cautiva
 Quedando con su noble comitiva.

La juventud del héroe, sus modales,
 Su esfuerzo y su beldad de tal manera
 Han prendado á sus inclitos rivales,
 Que las armas fatales
 Contra él no hay uno que vibrar ya quiera.
 Marfisa misma su coraje olvida,
 Y, á morir decidida
 Por salvar á Guidon: « Salgamos, » dice,
 « De esta tierra fatal. » — « ¡Vana esperanza! »
 Replicale Guidon; « venza ó sucumba,
 « A sustraerte tu valor no alcanza
 « De infame cautiverio ó de la tumba.

— « De no dar cima á empresa que comienzo, »
 Interrumpe la virgen, « me avergüenzo,
 « Y el camino que me abro con la espada

« Es el camino que seguir me agrada.
 — « Yo, que tu esfuerzo ya probé, contigo
 « Cualquier empresa á acometer me obligo.
 « Cuando mañana en torno á la estacada
 « Esté en la lid la gente congregada,
 « Quiero que con desnudo la embistamos,
 « Dando al lobo y al cuervo
 « Las carnes de esas homicidas damas
 « Y su ciudad en pábulo á las llamas.
 — « Bien, » dice él, « que esperanza no conservo
 « De romper las cadenas en que vivo,
 « A seguirte, oh guerrero, me apercibo.
 « De nuestro esfuerzo dudo,
 « Pues he visto á menudo
 « Diez mil, mas mujeres en batalla,
 « Mientras número igual guardando queda
 « El puerto, la ciudad y la muralla. »
 Replicale Marfisa: — « Aun cuando fuera
 « Su número mayor que el de las huestes
 « Que Jérjes del Levante condujera,
 « Mayor que el de las almas
 « Que lanzó de las bóvedas celestes
 « El brazo del Señor, yo nada temo;
 « Y pues estás conmigo,
 « O que al ménos no estás con mi enemigo,
 « Con esa raza impía
 « Me atrevo yo á acabar en solo un dia.
 — « Un medio, el solo acaso que nos queda,
 « Es el que voy á proponer. Bien sabes, »
 Dice Guidon, « que ley severa veda
 « A los hombres venir hácia las naves.
 « Confiar quiero pues este proyecto
 « A una de mis mujeres que de afecto
 « Pruebas extraordinarias
 « Me dió gustosa en ocasiones varias.
 « Por verse sin rivales, estoy cierto
 « Que aceptará al instante mi propuesta,
 « Y que, á partir dispuesta,